



SAKIS MITROLIDIS / AFP

Grecia: Migrantes esperando cruzar la frontera hacia Macedonia

Desigualdad
=
Desconfianza
=
Inseguridad

Raúl Sohr

Analista internacional

La evidencia internacional demuestra que la causa basal de los conflictos es la pobreza, que es una condición acentuada por la desigualdad.

La actual progresión de la desigualdad es galopante: millones de personas trabajan en un país que no es el propio, masas de inmigrantes aspiran a ingresar a Europa cada día, 800 mil personas son traficadas solo al interior de Estados Unidos.

En América Latina una mitad no come y la otra mitad no duerme por temor a los hambrientos. Así es caricaturizada la desigualdad en la región. Pero no solo las proporciones son inexactas, sino que los que no comen también sufren de insomnio ante la posibilidad de ser victimizados. La pobreza y la desigualdad suelen entrelazarse, pero son fenómenos diferentes. A lo largo del mundo y en Chile, año a año, disminuye la pobreza. Pero a la par aumenta la concentración de la riqueza. En el último Foro Económico Mundial, en enero en Davos, Oxfam —reputada organización internacional de ayuda— presentó su informe anual sobre la Riqueza Mundial.

La progresión de la desigualdad a nivel internacional es galopante y evoca niveles semejantes a los vividos en tiempos de la Revolución Industrial a mediados del siglo XVIII. Oxfam señala que la concentración de la riqueza avanza sin tregua: en 2010, 388 individuos poseían la misma riqueza de 3,6 mil millones de personas, la mitad de la humanidad. En 2014, tan solo 80 personas tuvieron ingresos equivalentes a los de 3,8 mil millones de personas. En 2015, el número de mega-ricos bajó a 62 individuos. En su informe del año pasado, Oxfam predijo que la riqueza del uno por ciento superará al 99 por ciento restante de la población ya este año. Hace solo dos décadas los hipermillonarios, del uno por ciento, poseían el equivalente a los bienes del 62 por ciento de la población mundial.

Entre los 34 países de la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OCDE), hay cuatro que destacan por el alto nivel de desigualdad y ellos son Chile, México, Turquía y Estados Unidos. No siempre fue así. Las diferencias sociales comenzaron a agudizarse en el mundo a partir de la segunda mitad de la década de los 70 con las políticas neoliberales aplicadas por Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos. Chile, bajo el periodo dictatorial, fue un pionero en liberar el mercado, minimizar toda regulación fiscal, inhibir la participación del Estado en la actividad económica, limitar la capacidad negociadora de los sindicatos y reducir los impuestos a

En vez de hablar de estados fallidos, algunos prefieren señalar a “sociedades rotas” en las que a su manera cada cual vela por sus intereses sin importar el bien común.

las empresas y los sectores de altos ingresos. Lo último, para asegurar —se ha dicho— un mayor crecimiento económico y asegurar el denominado “efecto chorreo”. Las cifras muestran que si bien hubo crecimiento, el “chorreo” fue muy inferior a la acumulación de las principales fortunas. El economista Joseph Stiglitz señala que en Estados Unidos, desde la crisis financiera desatada en el 2008, el uno por ciento más rico incrementó sus ingresos en 31 por ciento, en tanto que el 99 por ciento aumentó sus entradas en 0,4 por ciento.

La desigualdad a nivel internacional crea enormes desequilibrios. Algunas consecuencias están a la vista con los formidables flujos migratorios en diversas direcciones. Naciones Unidas estima que en la actualidad más de 105 millones de personas trabajan en algún país que no es el de nacimiento. El drama de millones de inmigrantes que aspiran a ingresar a Europa es noticia cotidiana. Según el Departamento de Estado estadounidense, cada año unas 800 mil personas son traficadas al interior del país. Un alto porcentaje de ellas son mujeres. Muchos migrantes están sometidos a condiciones de virtual esclavitud sin recibir remuneraciones por su trabajo. Se estima que nunca antes hubo tanta gente sometida a esta situación. En 2012 los migrantes en diversos puntos del mundo remitieron a sus familias en sus países de origen la friolera de US\$ 406 mil millones.

ES LA POBREZA, ESTÚPIDO

La ola migratoria actual en Europa provoca un enorme impacto en las sociedades europeas poniendo en jaque a la Unión Europea en su conjunto. Más allá de la guerra civil en Siria, Afganistán y la inestabilidad iraquí que producen cientos de miles de refugiados, están los millones de inmigrantes que huyen de la pobreza. Es un flujo que se mantendrá más allá del reforzamiento de las fronteras del Viejo Continente. Otro tanto ocurrirá en Esta-

dos Unidos, gane quien gane las próximas elecciones presidenciales. Frente a la llegada de refugiados e inmigrantes, están los discípulos del ultra conservador Samuel Huntington que hablan de un “choque de civilizaciones”. En estos días está en boga analizar el pro y el contra del multiculturalismo. Los motivos de las fricciones entre diferentes grupos culturales, religiosos y étnicos son numerosos. La evidencia muestra, sin embargo, que la causa basal de los desencuentros es la pobreza, una condición acentuada por la desigualdad. Un estudio de grandes magnitudes —25.000 personas en cuatro mil barrios— realizado en Gran Bretaña mostró que la pobreza y la desigualdad influían seis veces más en las percepciones que la diversidad étnica. Las diferencias sociales eran las determinantes en las actitudes recelosas y de desconfianza frente a los inmigrantes. La conclusión fue simple: es necesaria una mayor inversión para elevar el “capital social” de las comunidades. Los programas de ayuda a los sectores postergados estimulan la interacción de las comunidades con mayor afluencia de voluntarios, generación de vínculos de amistad, mayor confianza y cooperación, lo que mejora la seguridad barrial y eleva la confianza entre las personas. Esta es la base —se estableció— sobre la cual descansan comunidades capaces de precisar sus intereses y que podrán ejecutar proyectos que mejoren sus condiciones de vida.

En la otra punta del espectro, en la del uno por ciento más rico, domina una ideología contraria a la intervención del Estado y, por sobre todo, contra el aumento de los impuestos, pues ello frenaría el empleo. Es algo que el sector empresarial destaca, pues la generación de puestos de trabajos es valorada por la sociedad. En todo caso, la tributación es uno de los principales mecanismos de redistribución de la riqueza. John Christensen, director de la ONG Tax Justice Internacional, señala un proceso frecuente: “A nivel corporativo, entre transnacionales,

se suele aplicar una política de distorsión de precios. Cuanto menos gana una compañía, menos impuesto paga, de manera que contratan a precios inflados servicios legales o financieros de sus subsidiarias en paraísos fiscales. En el paraíso fiscal pagan poco y nada, y en el país de origen, mucho menos de lo que deberían porque, en teoría, sus ganancias están muy por debajo de la realidad debido a los costos incurridos con sus propias subsidiarias. Para dimensionar el tema, el 60 por ciento del comercio internacional es entre transnacionales”. En Gran Bretaña, corporaciones como Google, Starbucks, Facebook y otras, pese a tener facturaciones de miles de millones de dólares, tributan cantidades irrisorias.

Otra variante es la elusión de pago de impuestos que es facilitada por más de cincuenta paraísos fiscales a lo largo del mundo en los que están empozados US\$ 20 mil billones de dólares. La formidable riqueza del uno por ciento gravita sobre los gobiernos y parlamentos para mantener o mejorar sus prerrogativas. Según el Tax Policy Center de Estados Unidos, desde la década de 1970, la carga impositiva de los ricos bajó en 29 de los 30 países más desarrollados.

CHILE Y LA DESCONFIANZA

La desigualdad engendra desconfianza. El británico Richard Wilkinson es autor, junto a Kate Pickett, del libro *Desigualdad*. El académico participó en enero en el Congreso del Futuro organizado en Santiago por el Senado. Allí expuso la tesis de que, a mayor desigualdad en una sociedad, mayor es el grado de desconfianza entre sus miembros. En el plano interpersonal, ante la pregunta: ¿se puede confiar en la mayoría de la gente? Apenas 23 por ciento por ciento de los chilenos respondió que sí. En Suecia, en cambio, 66 por ciento respondió afirmativamente. Wilkinson citó como ejemplos de su afirmación los casos de Sudáfrica y Chile. En ambos países, el abismo entre la elite y la masa es especialmente profundo. Independiente del color político de los gobernantes, el grueso de la población tiene la convicción de que los

Cada desastre que golpea a un país desde un terremoto, el virus zika o una gran tormenta, castigará en forma desigual, conforme al contorno de la inequidad económica.

gobiernos y las leyes están al servicio de los más ricos. Es algo que deslegitima al conjunto del sistema y debilita las instituciones democráticas. Es posible que la acumulación de riqueza en pocas manos garantice éxitos macro económicos, pero desemboca en fracasos sociales. En vez de hablar de estados fallidos, algunos prefieren señalar a “sociedades rotas” en las que a su manera cada cual vela por sus intereses sin importar el bien común. La transgresión se convierte en la norma. Hecha la ley, hecha la trampa. Unos abusan de la letra chica y otros acechan para un delito de ocasión. Al final, muchos, de una u otra forma, son víctimas de la degradación social.

Chile es la nación más desigual de la OCDE con un índice Gini superior al 0,5. Podría esperarse que programas de asistencia social mitiguen el abismo entre ricos y pobres. Pero Chile apenas gasta diez por ciento de su PIB en programas destinados a los más necesitados. Esto es menos que lo que destinan las naciones del club de los más desarrollados.

La radiografía más vívida del impacto de la desigualdad y la desconfianza fue develada el 27 de febrero del 2010. Turbas de desconocidos atacaron supermercados y comercios en las horas posteriores al terremoto. El pillaje en sí mismo fue un notable fenómeno de histeria colectiva. Pero es más extraordinaria aún la sicosis de terror desatada ante la presunta existencia de pandillas de delincuentes. Corrió el rumor de que bandas armadas atacaban poblaciones e ingresaban a hogares para saquearlos. Ello movilizó a numerosos vecinos en Concepción y sectores de Santiago a constituir guardias para proteger lo suyo. Se multiplicaron los avistamientos nocturnos de los grupos de malhechores que merodeaban sus propiedades. Cundió el pánico y pobladores insomnes, tras velar por su patrimonio, clamaban por protección. Fue el testimonio del resentimiento ante la desigualdad y la total desconfianza ante el proceder de otros. Todo era posible,

incluso las peores pesadillas.

La desigualdad, a veces más que la pobreza, representa una mayor amenaza para la armonía de las sociedades y el sistema democrático. Cada desastre que golpea a un país desde un terremoto, el virus zika o una gran tormenta, castigará en forma desigual, conforme al contorno de la inequidad económica. Un caso de estudio en Estados Unidos fue el huracán Katrina, que se abatió contra Nueva Orleans en 2005. Entonces son puestas a prueba la cohesión, la salud y la resiliencia de grandes comunidades. En Nueva Orleans, los que pudieron abandonaron la ciudad. Atrás quedaron los pobres y los desvalidos. En la ciudad se evaporó por semanas una capacidad de respuesta organizada y cívica. Los barrios arrasados quedaron abandonados a su suerte. Las circunstancias se proyectaron sobre la salud física y mental de la población.

Hay países segregados donde los ricos viven tras guetos amurallados, protegidos con alambradas electrificadas, casi completamente separados de los pobres que llevan vidas precarias. Al respecto, Stiglitz señala: “Yo he visitado sociedades que parecen haber escogido esta vía. No son lugares donde la mayoría de nosotros quisiéramos vivir. Ya sea en enclaves protegidos o en las lamentables poblaciones”.

Está de moda en Chile decir que las personas terminan tras las rejas para protegerse mientras los delincuentes circulan por las calles. En realidad, Chile tiene uno de los mayores índices de presos por habitante. La desigualdad termina por perjudicar a todos. En primer lugar, a los marginados que sufren la pobreza. Pero también a los que no pueden disfrutar de sus haberes por temor a verlos arrebatados. Y así como uno sufre por la frustración de no tener, el otro padece con la mera idea de que será blanco de una agresión. Es lo que en lenguaje coloquial llaman el “sicoseo”. Recomponer una sociedad pasa por hacer realidad aquello del crecimiento con equidad. **MSJ**